

CUENTOS DE LA *Huasteca*

Jessica Paola Martínez José
Areli Olivier del Ángel

Ilustraciones
Ana Cristina Espinosa Ramos





**GOBIERNO DE
MÉXICO**



Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional
de los Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de
Patrimonio Cultural y Educación Indígena

Itzel Maritza García Licona

Directora de Comunicación Social

Cuentos de la Huasteca

Jessica Paola Martínez José
Areli Olivier del Ángel

Ilustraciones
Ana Cristina Espinosa Ramos

Coplas
Mtro. Eduardo Bustos Valenzuela

Corrección de estilo
Victoria Cea Rodríguez

Edición
Ana Cristina Espinosa Ramos
María Fernanda Trujeque Sánchez

Coordinación
Norberto Zamora Pérez

México, 2021

*Cuentos
de la Huasteca*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

UNO

La Bruja

Huasteca Veracruzana

DOS

La Petenera

Huasteca Tamaulipeca

TRES

El Destape

Huasteca Hidalguense

CUATRO

El Caimán

Huasteca Potosina

CINCO

La Carta

Huasteca Poblana

SEIS

San Joaquín

Huasteca Queretana

INTRODUCCIÓN

La huasteca sin duda es una de las regiones más hermosas que se puede encontrar en todo México, se conforma por los estados de Veracruz, Hidalgo, Puebla, Querétaro, Tamaulipas y San Luis Potosí. A través del tiempo los habitantes de dicha región se reúnen para contar historias. Mujeres que se transforman en sirenas, muertos que vienen a disfrutar con los vivos, hombres secuestrados por brujas, cartas de amor inquebrantable, viejos amigos que se encontrarán tras años de no verse... en fin en los cuentos de la huasteca todo puede suceder.

Esta colorida región le ha entregado al mundo una herencia cultural increíblemente grande; tradición, gastronomía, danza y leyendas. Uno de los elementos más importantes a destacar es el huapango: música de tradición viva que actualmente se escucha y baila dentro de la huasteca siendo un elemento emblemático del lugar.

Los cuentos que te presentamos a continuación están basados en huapangos interpretados por distintos grupos de las diversas regiones dentro de la huasteca. ¡Acompañanos en este viaje lleno de magia.

U N O



La Bruja

HUASTECA VERACRUZANA

*“Come y rasguña, no es culpa suya que sea tan mala
que tengas mañas, que sea tan inquieta
y en la huasteca le guste andar”*

Autor: Mtro. Eduardo Bustos Valenzuela



La Bruja

—¿Les conté la vez que me llevó la bruja?—

Pues verán, todo comenzó una noche de fiesta. Ya traía encima unos tragos de aguardiente, ¡pa' su mecha!, y con el calor que estaba tan fuerte me agarró el sueño debajo del árbol grande cerca del cruce, ¿sí lo han visto, no?

Y ahí estaba yo, bien dormido, cuando de pronto me desperté volando en los brazos de una mujer. Me estaba arrullando, yo sentía la brisa del viento acariciar mi cara y peinar mis cabellos como si estuviéramos flotando en los cielos. Su rostro lo cubría un rebozo negro, y yo quería verlo pero era imposible, solo alcanzaba a distinguir clarito sus ojos negros negros negros, era como si no tuvieran nada adentro; en ese momento no me pareció raro que fueran inexpresivos.

Me llevó a su casa, y me dio de comer zacahuil con un café de olla bien cargado y pemoles. Tú dirás “no’mbre que buena suerte”, pero cuál, esa mujer era bruja, y de las tramposas: que agarra y en un descuido me convierte en calabaza, ¡verdad de Dios!, y que empieza a cabuelarme, porque de calabaza pasé a ser maceta, y ella se reía y reía ¡condenada mujer! Pero pus, yo no me iba a dejar, así que me agarré de valor y le dije: “¿pero cuál fue el mal que yo te hice?” y que se deja de reír, nomás se me quedó viendo con sus ojos llenos de odio y me dijo:

—Bien que sabe usted lo que le hizo a mi comadre, ¿o va a echar mentiras?

—¿Qué comadre?— Contesté.

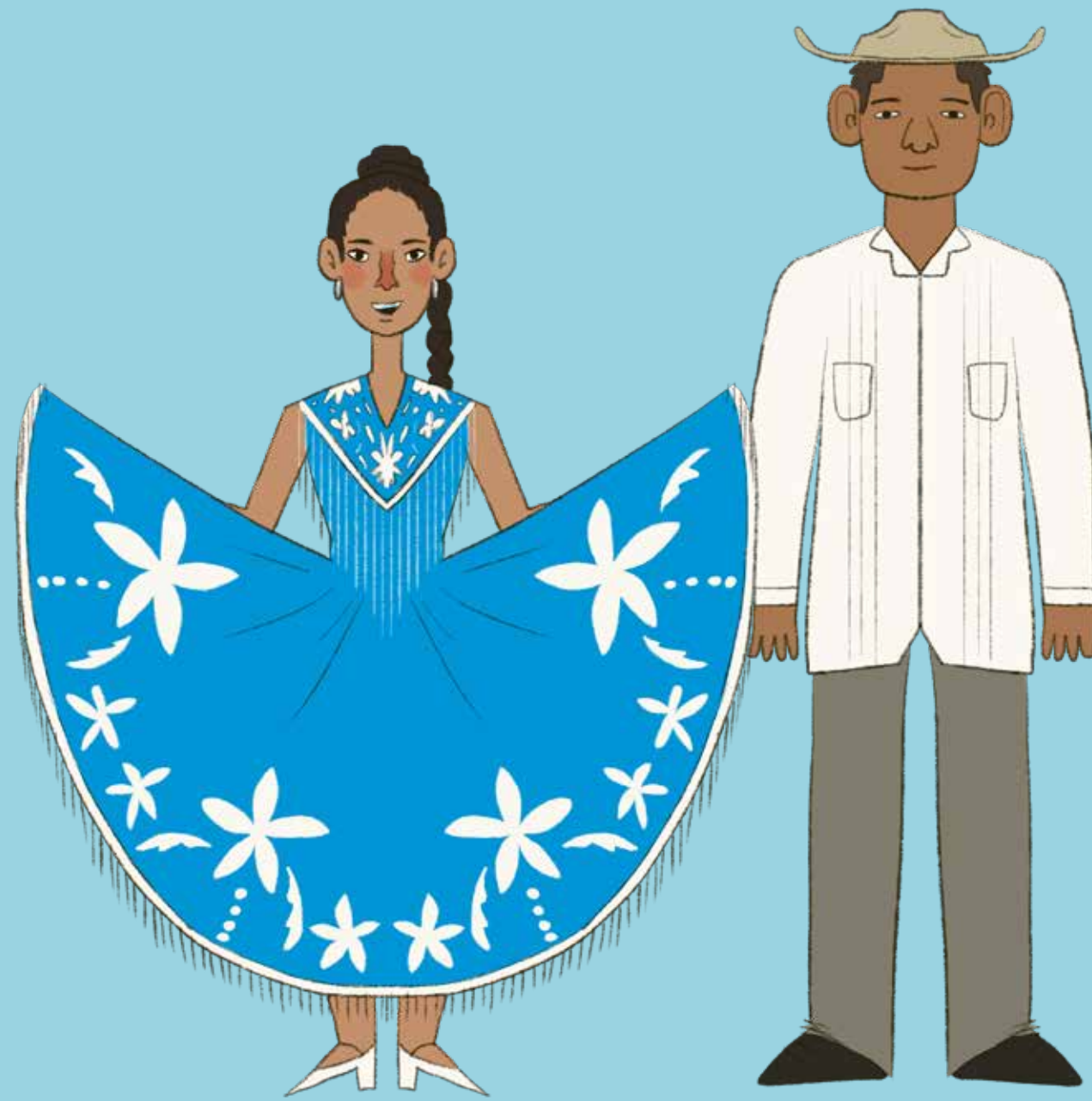
—No se haga. Usted le quemó las piernas a su esposa cuando se enteró que era bruja, ¿o ya no se acuerda?— Dijo muy seria.

—Si yo no me he casado nunca— Contesté rapidito.

Que la veo cerrar y abrir los ojos otra vez, nunca se me van a olvidar, no había nada que fuera de Dios en ellos. Les juro que eran tan negros como el infierno. Fue lo último que vi.

Me desperté otra vez en el mismo árbol, saboreando todavía el café. Y ustedes dirán: “no’mbre, fue un sueño nomás, producto de su borrachera.” Ahí se los dejo a su criterio, yo solo cuento lo que me pasó cuando me llevó la bruja.

DOS



La Petenera

HUASTECA TAMAULIPECA

La Petenera

El sol de la tarde se alzaba calurosamente sobre todo Tamaulipas. El agua del río corría serenamente, a la orilla, una bella muchacha examinaba su reflejo; parecía estar llena de curiosidad, ¿cómo el río podía ser tan cristalino, tan claro y a la vez tan profundo? Le permitía verse a sí misma como si fuera un espejo. Sus padres la observaban ensimismados, pero al percatarse de su cercanía con el agua, rápidamente la alejaron y con palabras de advertencia le dijeron: “Hija, mira que el Jueves y el Viernes Santo no son días en los que uno se ande bañando o metiendo en el agua, pues no está bendita, nuestro señor no está presente en estos días, y si le desobedeces, él castiga, puede volverte animal u otra cosa.”

La luna se encontraba alta en el cielo, y aunque la noche ya estaba avanzada, se podía ver con claridad. La muchacha, lejos de casa, se contemplaba nuevamente en el río y admiraba su reflejo. Sumergió primero un pie, y luego el otro. Los observaba a través del agua, al ver que no pasaba nada sintió alivio de que las advertencias no fueran más que cuentos de viejos. Luego caminó hacia un sitio más profundo y terminó de sumergir su cuerpo hasta aguantar la respiración bajo el agua. Alzó la vista al cielo para ver que la luna llena era clara y se sintió en paz por unos segundos, enseguida todo se volvió oscuro.

A la mañana siguiente sus padres la buscaron por toda la casa y, como no la encontraron, salieron al pueblo angustiados..., ahí escucharon un rumor; por la noche se vio a una mujer joven caminar hacia el río. Presurosamente se dirigieron al lugar, y se llenaron de terror cuando al llegar a las orillas encontraron las ropas de su hija. Ambos lloraron con desesperación y con mucha fe le imploraron a Dios que la perdonara y le permitiera volver a casa con ellos. Los habitantes del pueblo ya se habían arremolinado cerca para verificar lo que sucedía: observaban cómo los padres lloraban desconsolados. De pronto, todos los presentes comenzaron a escuchar un canto que parecía cada vez más cercano.

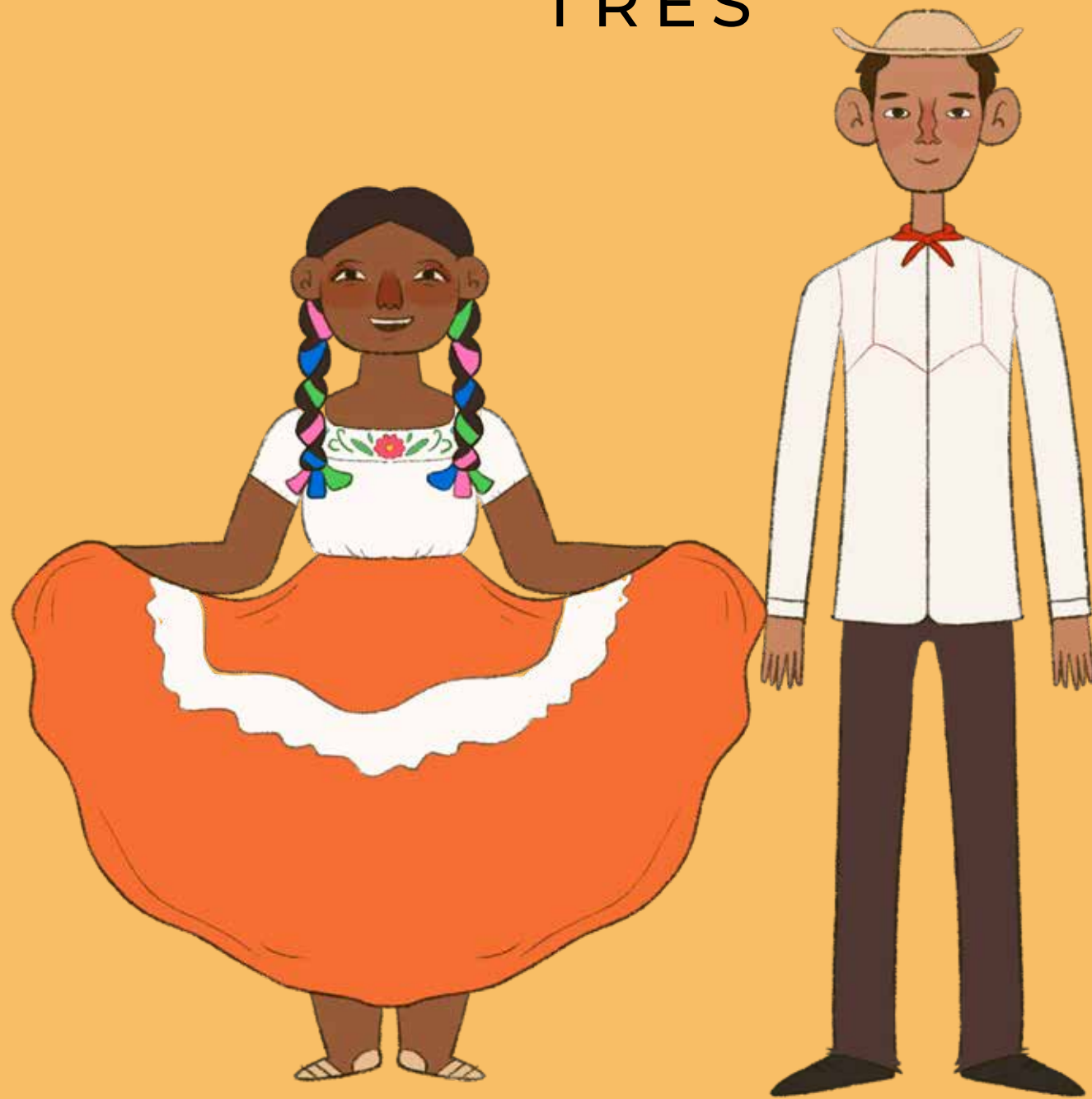


“¿Escuchan eso?” murmuraban varios pueblerinos. “¡Es nuestra hija!”, exclamaron los padres. Todos los presentes pudieron apreciar paulatinamente el canto hasta que de pronto, cesó.

Nadie sabe con exactitud cuántos años pasaron desde aquel suceso; muchas personas se ahogaron intentando encontrar a la muchacha en aquellas aguas, o simplemente al pretender cruzarlas. Algunos aseguran que aquella muchacha se transformó en la sirena que vive en el río. Por ello, muchos creen que es buena, ya que fue elegida por Dios al volverla divina. Sin embargo, otros creen que es mala pues desobedeció el mandato de Dios, y en consecuencia el agua impura la convirtió en “mujer pez”.

Para venerarla o para evitarla, los habitantes de la tamaulipeca cantan canciones en su honor, y todos, sin lugar a dudas; le guardan un gran respeto.

TRES



El Destape

HUASTECA HIDALGUENSE



El Destape

El diablo mayor cortó el aire con su látigo, de esta forma el portal se abrió dando paso a los muertos.

El olor a cempasúchil e incienso era perceptible por todos lados; se escuchaba a la gente conversar alegre y compartir anécdotas mientras otros bailaban y cantaban a coro: “que me entierren con huapango, hay que disfrutar la vida todos días que amanece.”

El Xantolo comenzaba.

Los enmascarados ya eran el centro de atención. Cada máscara era peculiar; algunas tenían forma de animales, otras de mujeres y mu-

chas más de calaveras: dándole a cada danzante una personalidad diferente. Sin embargo, había una máscara que destacaba entre todas, parecía estar hecha de un material diferente a las de los demás, sus adornos eran extrañamente simétricos pero sobre todo, estaba hecha a la medida del portador, el cual era el único danzante que no iba a ritmo con el resto. Lucía un tanto desaliñado: sus pantalones habían sido blancos pero ahora se notaban viejos por el uso al igual que su camisa, y el sombrero se encontraba un poco roto.

Poco a poco, la energía de los demás bailarines fue contagiando al peculiar danzante, haciendo que sus pasos arrítmicos, entraran en sincronía con la música y el ambiente. Cuando todos se cansaron de bailar se tiraron al piso exhaustos y llenos de sudor; alegres por estar festejando a sus muertos.

El ánimo de la gente parecía no tener fin, las veladoras ya estaban prendidas y la comida servida. El aroma de ésta inundó las fosas nasales del danzante desorientado que parecía estar cada vez más presente en la celebración. Se acercó al festín a pasos cansados por tanto bailar y comenzó la degustación.

Sin pensarlo, tomó entre sus manos uno de los tantos tamales que había en la mesa; el olor del chile guajillo lo invadió por completo y enseguida supo que se trataba de uno hecho con carne de puerco, de sus favoritos; ¡estaba delicioso! El agua sació su sed que parecía muy atrasada, y gracias a esto, su cuerpo recuperaba la energía gas-

tadas en el baile. Contento, miraba fijamente una gordita de pinole cuando alguien lo llamó: “¡Pedro!, ¿qué no me oyes, Pedro?, ¡te estoy hablando desde hace rato!” Desconcertado miró a quien le llamaba, era un hombre que no conocía, sin embargo, por mera educación le saludó levantando respetuosamente el sombrero, para después seguir con lo suyo. ¿Pedro? por qué le había dicho así, ese no era su nombre, seguramente se había confundido de persona.

La música era más lenta, los románticos ya estaban en la pista abrazados al ritmo de la canción, parecían estar en una burbuja donde lo demás no existía. El danzante miraba ansioso a las parejas y de repente sintió angustia; él estaba ahí, en medio de la celebración, mientras que su esposa con el embarazo ya maduro estaba sola en casa. Inmerso en sus pensamientos se llenó de agobio y se dispuso a marcharse. El hombre desconocido que hace unos momentos le había saludado llamó su atención de nuevo cuando lo tomó por un hombro;

—¿A dónde vas?, ya casi es el destape, no puedes irte todavía, Pedro... ¿Por qué me miras así? ¡Si soy yo, tu compadre Ignacio!

—Pero si yo no me llamo así, yo me llamo...

—¡Acuérdate que si no haces el destape los muertos se quedan en el cuerpo de uno!

—¿Qué dices, pues?, si son puros cuentos.

—Si el río suena...

La música cambió de repente, El diablo mayor hizo su entrada final portando el látigo en su mano. Mientras, todos expectantes observaban cómo los enmascarados dispersos se reunían en un último baile para el destape. ¿Qué más daba?, cinco minutos más para finalizar lo que había empezado. El hombre se reunió con los demás que ya habían comenzado a bailar alrededor de El diablo mayor, todos con pasos cansados, pues la noche estaba terminando. Cuando la última nota de la canción sonó, El diablo agitó nuevamente el látigo: era la señal.

Todos comenzaron a quitarse con mucho cuidado las máscaras, revelando rostros jóvenes y viejos, barbas y bigotes, facciones de todo tipo que ahora parecían extrañas después de llevar tanto tiempo una máscara cubriéndolas. El hombre se quitó la suya también y la observó reposar unos segundos sobre sus manos morenas que cada vez le parecían más ajenas. Se contempló a sí mismo mirando la máscara, y se desconoció. ¿Siempre había lucido así? Su cuerpo ya no parecía ser suyo, era como si ya no estuviera dentro. Ese hombre de ahí, mirando la máscara como un bobo era un extraño.

Este comenzó a moverse, alejándose de la pista y se encontró con Ignacio, lo abrazó mientras le decía: “¿cómo está compadre?, ¡no lo había visto en toda la noche!” Mientras observaba a aquel sujeto que al parecer era ese tal Pedro, se acordó de su esposa.

Pensó en su hijo que ya debía haber nacido y sintió tristeza porque sabía que crecería sin un padre. Quiso recordar su nombre porque al menos ese sería su legado en la memoria de su hijo, lo escribiría con sus manos en la tierra, quizá así alguien lo leería y voz a voz llegaría a él. ¿cómo era que se llamaba?, ¿con qué letra empezaba?, puso las manos sobre la tierra y apretó los ojos frustrado, pero esa sensación desapareció de inmediato al ver como éstas poco a poco se fueron disolviendo con el viento.



CUATRO



El Caimán

HUASTECA POTOSINA



El Caimán

La catedral de San Luis Potosí se alzaba imponente, el día era soleado y caluroso, los habitantes paseaban bajo sus diferentes sombrillas. Juanita y sus hermanos se encontraban en la nevería conversando alegremente sobre si era mejor la nieve de limón o de guayaba, y mientras la discusión alegre y banal aumentaba, se acercó a ellos Leonardo Buendía:

—Señorita, ¿por qué elegir una u otra?, tenga, compre las que quiera para usted y sus hermanos.

El rostro de Juanita enrojeció por el enojo. Lo miró de arriba a abajo:

era un joven de buen parecer. Pero nadie, aunque fuera el hijo del mismísimo presidente, iba a causarle tal humillación.

—¡Mire usted, joven! no necesitamos su dinero. Nosotros podríamos comprar la nevería entera, si quisiéramos.—

—Pero no se enoje, chula. Hasta como caimán se vio, cambiando tan drásticamente de actitud. Yo solo quería invitarle una nieve.

—¿Acaso usted piensa que la forma correcta de cortejar a una dama es haciendo alusión a todo el dinero que posee? no intente comprar mi interés, señor...

—¿Y cómo es que vuestra merced me dejará acercarme para decirle unas cuantas palabras de amor?

Cualquiera esperaría que Juanita le pegara una buena bofetada. En lugar de eso ella respiró serena y le dijo:

—¿Cómo espera usted que reciba “unas cuantas palabras de amor?,” si ni su nombre me ha dicho...

—Leonardo Buendía, para servirle a usted y a Dios.

—Ah mire usted, hasta se le vio un poco de educación.

Leonardo soltó una sonora carcajada que provocó la mirada de los comensales de aquella nevería.

—¿Será que me permita acompañarla hasta su casa? No es bueno que una señorita tan linda ande sola por ahí.

—No, gracias. Mis padres llegarán en cualquier momento.

—Entonces, al menos acepte una salida para comprar otro helado, ¡o la nevería entera! ¿qué dice?

Los padres de Juanita ya se acercaban, ella los vio a lo lejos caminar tranquilamente.

—¿Si le acepto la salida se irá de aquí?

—¡Lo que sea para volver a verla!

—¡Está bien!, ahora váyase que ya se le hizo tarde.

—Sería mejor para mí verla sin chaperón.

—¡Que sí, que sí!, pero váyase.

Un año después de ese pequeño encuentro, Juanita fue vista un par de veces paseando en la plaza, o por aquella nevería de la mano de Leonardo, luego todo pareció terminarse entre aquella pareja, que se convirtió en la favorita del lugar. Leonardo Buendía se fue lejos, pues el deber de soldado lo llamaba; o al menos era lo que él decía.

Juanita, por el contrario, simplemente desapareció de los ojos de la sociedad para reaparecer nueve meses después con un hijo en brazos. Causó un enorme escándalo y dio mucho de qué hablar a todo San Luis Potosí; pero más habló la gente cuando Leonardo Buendía regresó comprometido con otra muchacha siendo ya un general.

Volvió a San Luis para contraer nupcias en la bella catedral, sin embargo, aquella noche de celebración ocurrió un extraño suceso... fue visto a las afueras de la nevería. Los pocos habitantes que por casualidad pasaban por ahí, afirmaron que Leonardo Buendía parecía estar asustado y sudoroso: su piel tenía un extraño verdor, algunos preocupados se acercaron al nuevo general para auxiliarlo, pero al notar la forma agresiva en la que éste rechazaba a la gente, los pueblerinos decidieron dejar las cosas así y no acercarse más a él.

Al poco tiempo la historia de Leonardo Buendía y su comportamiento en la nevería, fueron un tema popular entre los habitantes de San Luis, ya que esa misma noche desapareció sin dejar rastro, era como si la misma tierra se lo hubiera tragado... todo parecía ser muy extraño.

Juanita, por otro lado, nombró a su hijo Gabriel, en honor al arcángel que la había ayudado en múltiples ocasiones a lo largo de su vida, que hasta ese entonces, no había sido fácil. Logró educarlo e instruirlo como un joven respetable y trabajador. Se enorgullecía de ver a su hijo, que ahora con quince años, crecía como un hombre honesto que pronto se convertiría en militar. Él la tomaba mucho en cuenta e iban juntos a todos lados. Si alguna vez Gabriel tuvo curiosidad sobre quién era su padre, no lo demostraba en público.

Una tarde paseaban juntos por una vereda, Juanita iba del brazo de su hijo, quien vestía uniforme; en la otra mano llevaba una sombri-

llova porque parecía que pronto iba a llover. A su paso se asomó el tan conocido chismoso del pueblo, que siempre sentía curiosidad por la familia de Juanita y los rumores del pasado.

—¡Gabriel, buenas buenas!, ¿cómo estás? ¡Ah, miralo! con su uniforme; ya para militar. ¿Piensas convertirte en general como tu padre? ¿Qué le habrá pasado a ese señor, oye?

Juanita acostumbrada ya a los rumores y comentarios de la gente; miró de arriba a abajo al hombre indiscreto. Gabriel intervino antes de que su madre pronunciara palabra y dijo:

¡Ni me va ni me viene! Ese señor no es mi padre. Ten más cuidado con lo que dices, que no me quieras como enemigo.

—No pues yo nomás decía, no te me vayas a enojar.

—Si no quieres que me enoje, no digas tonterías.

Juanita miró a su hijo y sin dignarse a ver al chismoso reanudaron su paseo. La vereda era cada vez más pequeña y el sonido del río, cada vez más cercano.

Pasearon un momento a las orillas de éste, ambos reían recordando su niñez y todas las travesuras que había hecho. Las nubes grises que se asomaban ya en el cielo, les avisaron que era momento de regresar a casa.

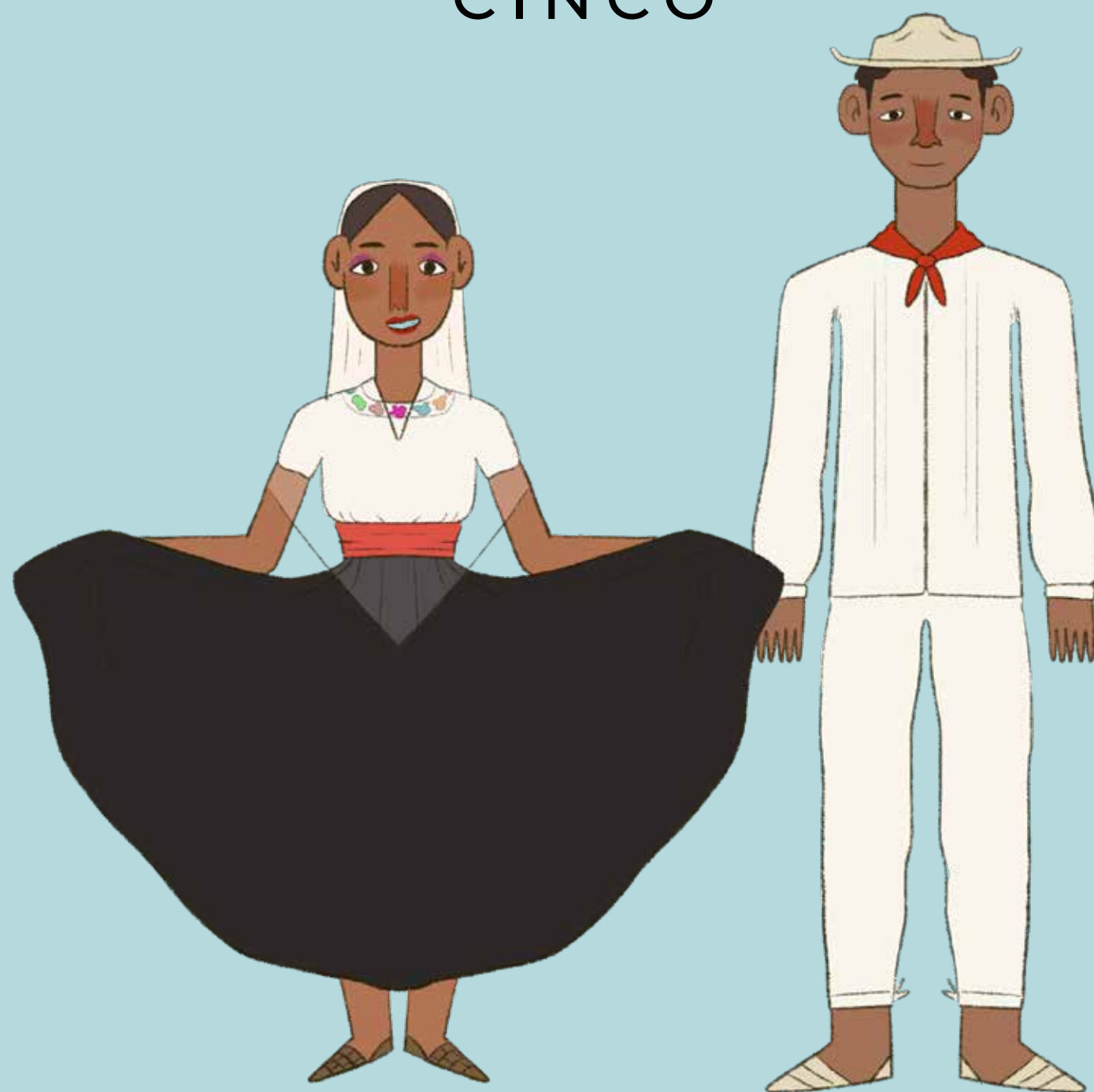
Gabriel tomó con ternura la mano de su madre cuando empezó a chispear. Luego con la mirada buscó un lugar donde podrían refugiarse de la lluvia pero en lugar de eso, sus ojos encontraron la figura de un caimán. El animal se veía enorme y caminaba lentamente; no obstante, lo más sorprendente y lo que le llenó de miedo fue que su rostro parecía humano y extrañamente familiar. Tomó del brazo a su madre que parecía no estar asustada: ella tomó su bolsa, donde guardaba requesón, y de un impulso, se la lanzó al caimán.

—¡Ahí tienes! ¿Quién es el caimán ahora? ¡Traga, pues!

Dicho esto, abrió su sombrilla y como si nada, retomó el camino de regreso a su hogar.



CINCO



La Carta

HUASTECA POBLANA

*“Quererte será mi anhelo
Porque mi pasión no cesa
Tu tienes esa belleza
Que a todas despierta celo”*

Autor: Mtro. Eduardo Bustos Valenzuela

La Carta

Veracruz, 1960

Querida mía:

No escribo mi nombre en espera de que sepas quién soy y además, por si esta carta llega a caer en manos equivocadas. Nuestro amor es lo único que me da fuerzas en este encierro, cuando creo que ya no soportaré más, pienso en ti, y todo se torna de un mejor color. Recuerdo



tu vestido y la forma en la que bailabas cuando creías que nadie te veía, pienso en tu cabello trenzado y me imagino cómo sería pasar mis dedos para destrenzarlo, te pienso y te pienso y te pienso. ¿Te acuerdas de nuestro primer encuentro? No era el lugar más favorable para enamorarse, ¿no crees? ¿Quién en su sano juicio se ríe en un funeral? Estábamos en la catedral y tú dijiste algo gracioso, creíste que nadie te había oído, y trataste de disimular esa sonrisa, pero en cuanto

me miraste comprendiste que yo sí te alcancé a escuchar; fuimos cómplices de algo malvado —o quizá no tanto— pero jamás sentí tanta dicha en un sólo segundo, ahí frente a la virgen me juré que te querría siempre.

¿Cómo son tus días en Puebla?, la otra vez pude escaparme un momento y caminé por un largo rato en el centro, pasé frente de la iglesia principal de Veracruz, no es fea pero es más bonita la de Puebla, yo quería que estuvieras aquí; sonaba a todo volumen el fandango, seguramente te hubieras detenido y soltarías algún dato curioso que leíste en algún libro de tu padre, yo te sacaría a bailar en secreto. ¿Eso te gustaría?

Seguramente sí, tú y yo planeábamos recorrer toda Puebla, luego viajar a cualquier otra parte de México y comparar lo que veríamos con nuestro lugar de origen. Yo intenté hacer eso ayer: la iglesia de Veracruz no es tan linda como la catedral de Puebla; los tamales no le hacen frente al mole verde, y aunque el calor de Veracruz es rico, extraño el sol de Puebla, el mar es bello, pero los campos de cempasúchil mecían mi sueño. “Solo Veracruz es bello” dicen aquí, pero no puedo evitar extrañar el lugar en dónde nací: Puebla, mi Puebla. En Puebla estás tú y Puebla es afortunada de tenerte.

Ha pasado tanto tiempo. ¡Ojalá supiera algo de ti! Sé que no te dejan escribirme y que nunca te permitirán estar a mi lado. Supongo que no podemos hacer nada más que atesorar lo que vivimos. Sé cómo

es tu padre, lo más probable sea que cuando descubrió lo nuestro, te comprometió con algún hombre adinerado. Si te casas no me importa, nada cambia lo que pasó y lo que sentimos. Fuimos y seremos personas afortunadas, porque muy pocos son bendecidos por la dicha de encontrar a su persona, tú eres mi persona y sé que yo soy la tuya.

A veces la esperanza pesa más de lo que sana. A mí me pesa pensar que no estaré a tu lado.

Espero que mis palabras te alcancen,
que mi sentir te abrace.

No quiero despedirme de ti,
porque sé, que tal vez nos veamos en algún lugar.

Hasta siempre, mi querida.



SEIS



San Joaquín

HUASTECA QUERETANA

San Joaquín

Las luces del kiosko donde nuestros padres bailaban resplandecían. El huapango queretence sonaba en armonía con los movimientos de sus bailarines. Pero yo miraba a Santiago, con el pelo revuelto, su rostro moreno y la peculiar cicatriz en su mejilla. Yo trataba de ocultar la cara con mi cabello ¡Santiago me había rozado la mano! Lo bueno es que él estaba distraído y no pudo notar mi rostro colorado. Sus ojos brillaban de entusiasmo mientras me enseñaba el paliacate de su padre.

—¡Mira! tradicionalmente son rojos, pero todos son diferentes. ¿Puedes distinguirlo?

—No. Es muy difícil.

—Solo observa este patrón de flores y tela. Mi padre lo usará en el próximo concurso de huapango.



—¡Oh sí!, ya lo veo, tienes que acercarte mucho para notarlo. Ah, pero tiene un pequeño agujero. ¿No?

—Sí, pero casi nadie lo ha notado.

Miré de nuevo a los bailarines. El zapateado se escuchaba al unísono, era como si estuvieran todos conectados.

—¿Crees que un día seremos buenos bailarines como ellos?

—Yo creo que...

La música cesó. Los aplausos finales de los bailarines dieron paso a la figura del padre de Santiago que se aproximaba a nosotros con el rostro serio.

—Santiago, hijo, despídete de Vale, nos vamos.

—Nos vemos, Vale.

—Nos vemos, Santi.

Lo observé entregar el paliacate a su padre. Luego me miró y sonrió. Esperaba verlo nuevamente en el próximo ensayo, pero parecía que su padre hablaba de una despedida más prolongada, porque desde ese momento, hasta ahora, no he vuelto a ver a Santiago.

A veces me pregunto qué será de su vida, ¿seguirá bailando? Él y yo siempre hablamos de participar juntos en el concurso de Huapango, aquí en San Joaquín. Estoy segura de que habríamos sido una gran pareja de baile.

Aún recuerdo cómo jugábamos a escondidas con los vestuarios de nuestros padres, yo me ponía la falda de mi mamá, que me quedaba muy grande, y él, se colocaba el paliacate de su papá en el cuello; ambos comenzábamos a imitar sus movimientos. Me hubiera gustado una despedida más sincera, un “adiós” en lugar de un “nos vemos”.

Soy una gran bailarina, en verdad, yo no dejé la danza. Este año fui elegida para bailar en el festival de San Joaquín, categoría juvenil, junto a mi actual compañero, logré llegar a la final. “¡Para un verdadero campeón solo en San Joaquín!”, escuché decir a mi madre; se emocionó muchísimo cuando supo la gran noticia, y como regalo, me obsequió aquella falda con la que solía jugar de niña. Aún me queda un poco floja de la cintura, no como antes, que debía de darle mil vueltas para que no cayera.

No es por nada, pero creo que este concurso debe ser lo más bello sobre el planeta. Los colores son tan explosivos que siento cómo me lleno de vida. La música resuena por todos lados y de cada parte de la huasteca vienen personas diferentes portando sus mejores ropas. Cada bailarín muestra con orgullo cómo se baila en su tierra mientras comparte el escenario con sus paisanos. La huasteca Tamaulipeca, por ejemplo: este año bailó la petenera, y la veracruzana eligió el huapango del caimán. Lo más emocionante de la final es que cada pareja ganadora, de cada región, se reúne en un último escenario para improvisar una canción final.

Nunca pensé que lograría estar aquí, ¡qué tendría el honor de compartir el escenario con los paisanos de las demás huastecas! Observo a todos y por alguna extraña razón comienzo a sentirme muy nerviosa. Los examino uno a uno, la chica de Veracruz con su vestido blanco, la de Tamaulipas con su peculiar trenza larga, la de Hidalgo con su falda rosa brillante que se ve muy feliz, al igual que su pareja... su pareja, me parece familiar, pero no lo puedo ver bien, porque escucho la música que comienza a sonar, es nuestra entrada. El querreque invade mis oídos, mi pareja me toca el hombro y ambos caminamos con seguridad al escenario; la gente nos mira, se encuentran muy animados; algunos incluso bailan entre ellos. Mi cuerpo se mueve casi mecánicamente; descanso, zapateado; la sonrisa, ¡fundamental!, no bajar los brazos, la espalda recta y los hombros relajados. Hago conciencia sobre el espacio que me rodea, de lo inmenso que es el escenario y de quiénes estamos sobre él. La pareja de la huasteca hidalguense bailaba muy cerca nuestro y pude verlo... ahora lo reconozco, es él. Santiago no deja de sonreír, es más alto, sigue teniendo el cabello alborotado y la cicatriz luce orgullosa sobre su mejilla. Alrededor de su cuello porta aquel paliacate que era de su padre. Me lleno de euforia, aunque sé que no puedo distraerme ahora, no quiero dar un mal paso; todo parece estar bien, mi compañero y yo estamos sincronizados, hemos practicado mucho. Pese a que los que estamos en escena somos de lugares distintos y nuestro estilo es diferente; el zapateado suena igual. Me siento muy feliz de estar aquí, ahora; en este lugar. No hay otro sitio en el mundo al que preferiría ir.

La música cesa, solo deseo salir corriendo para hablar con Santiago. Damos gracias al público, y él sale del otro lado del escenario. Bajo de prisa y comienzo a buscarlo con la mirada pero no lo encuentro. ¿Él me habrá reconocido? No lo creo, no volteó a verme, se me ocurre que tal vez podría gritar su nombre pero... ¿y si no es?, ¿y sí en realidad nunca estuvo ahí? No, tenía la cicatriz sobre su rostro, era su paliacate. Lo busco en todos lados pero no encuentro ni siquiera a la chica de la falda rosa brillante. Parece como si la tierra se los hubiera tragado. Regreso a los camerinos con un hueco en el estómago. Hemos ganado, no hay motivo para estar triste, ¿verdad?

Comencé a quitarme los aretes, me duelen un poco los pies, ojalá Santiago estuviera aquí. Me dispongo a guardar mi falda y zapatos, pero algo llama mi atención.

Mi corazón late a mil por hora y el hueco en mi estómago de pronto desaparece, sobre mis cosas reposa un paliacate rojo perfectamente doblado, con su peculiar patrón de flores y un agujerito.





**GOBIERNO DE
MÉXICO**



Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas, México

México, 2021